

JORGE BUSTOS SE relajó durante esta entrevista. Al jefe de Opinión de EL MUNDO, *hmmm*, esto le «preocupa», supongo que por su imagen pública, que esculpe como Fidias, con la intención de no dejar más grietas a la vista que las que provoca el tiempo en la piedra.

Me dejó entrar en su casa, en su terraza, ¡en su nevera! Y cuando se dio cuenta de lo que se abrió ese día, de lo que realmente compartió, ay, ya era tarde: porque todo estaba medio lleno, por tanto, todo quedó medio vacío.

Conste aquí que fue él quien dio pie a empezar como empezamos:

– ...y en este estante tengo los libros que he publicado: *Asombro y desencanto* [Libros del Asteroide], *Crónicas biliares*...

P. Jorge, en *Crónicas biliares* [Círculo de Tiza] escribiste que a España le falta grandeza para...

R. ...para ser fascista; sí, sí. El fascismo es una especie de inflación de la grandeza, un delirio de grandeza. Y el franquismo fue una especie de fascismo de pobres, a eso me refería. A este libro le tengo cariño y, al mismo tiempo, espero que nadie lo lea. Es el laboratorio de pruebas de un joven aspirante a escritor que ya vivía del periodismo en un diario local, *El Distrito*, pero que tenía un jefe castrador, así que mis ansias de épica literaria las reconduje a lo que años después sería *Crónicas*.

P. ¿Las ideas de este libro eran literatura?

R. Literatura pura, yo estaba enfermo de literatura y quería hacer literatura de vanguardia, una cosa subversiva. Tenía 25 años. Probablemente, si hubiera perseverado en ese corpus, sería un precursor de Vox. Pero luego crecí, maduré, viajé. Y, sobre todo, es que no me había tomado muy en serio mis ideas en ese libro. La vida te va llevando. Veamos por dónde.

Jorge Bustos (Madrid, 1982) mamó desde crío «un ambiente conservador». Nació con una propensión –se piensa mucho cómo continuar la frase– a la vigilancia moral: «A los 15 años era una persona convencidísima de lo que estaba bien y de lo que estaba mal. Me sentía una especie de pontífice adolescente, una especie de jovencito dictador».

SUJÉTAME LA COLUMNA JORGE BUSTOS

“TIENDO A MIRAR DES- DE ARRIBA Y ESO ES UN ERROR”

Cuenta que creció en una familia de clase media, «muy normalita», donde los hermanos –él es el cuarto de seis– estaban a diario peleando y en misa los domingos. Las enseñanzas religiosas marcaron al niño. Más tarde, los años de universidad transformarían al hombre.

P. ¿En qué lo percibiste?

R. En todos los terrenos: en el vital, en el amoroso, en el religioso, en el político... Entré siendo conservador y salí como un liberal ácrata. Yo nunca he sido de izquierdas, pero la derecha que presume de ser la derecha fetén me considera un traidor. Y lo hace con

con los privilegios de la gente con la que nos rodeábamos, y eso fue muy educativo. Con 12, 13 años ya notas que no gozas de la misma posición que los compañeros del aula y eso me generó un cierto desdén hacia los marcadores de clase materiales y un orgullo hacia los marcadores de élite intelectual. El orgullo de pertenencia con el que yo fui educado nunca estuvo en lo material, sino en el orgullo de ser el mejor: la mejor persona, el mejor estudiante, el más piadoso, el que más lee... A mi alrededor había una cultura de la excelencia virtuosa y

a disfrutar de la vida, a dejarte ir. Eso fue un aprendizaje que hice en la Universidad: el paso de la autoexigencia a la ligereza.

Bustos se marchó de casa a los 27. Empezó a trabajar mucho antes y encontró cierta estabilidad en el diario *La Gaceta*: «Fue una etapa muy feliz porque, aunque era un periódico estafalario, un periódico para aprender lo que no hay que hacer en periodismo, me lo pasaba muy bien». Pero en la Navidad del 2014 avisó a sus padres: preparad mi habitación, que vuelvo a casa. Se lo habían cargado de *La Gaceta* tras hacer varias huelgas –iBustos sindicalista!– porque no cobraba la nómina desde hacía meses. Con los trabajos que encontraba no reunía suficiente dinero para pagar el alquiler de su «cuchitril en el Barrio de las Letras». «Y llegar a un gran periódico», reflexiona, «a veces no solo depende del talento».

Si es que me está provocando: «De tu llegada a EL MUNDO», le comento, «se habló mucho». Se hace el sorprendido. «¿Sí?, supongo que hay mucha gente que se arroga la gestión». Él cita a tres personas importantes, tres que quizá lo *rescataron*: los periodistas Rubén Amón y David Gistau, a quienes tantas veces había pedido ayuda, y a María García-Abadillo, hija del entonces director de este diario y que meses antes había contado con él para impartir unas conferencias en la Fundación la Caixa. «Fíjate», confiesa, «nunca le he preguntado a Casimiro qué le hizo tomar la decisión definitiva».

P. Te he leído decir que vas a las tertulias televisivas para hacerte un «capitalito» con el que saciar, después, tu vocación de escritor.

R. ¿Dije eso? Bueno, que voy a las tertulias por dinero es una evidencia. Mejor dicho: iba; hoy voy por presencia. Además, me aportan algo instructivo, que es el rozarme con los adversarios, eso te hace menos dogmático. ¿Sabes?, la independencia se prueba cuando al día siguiente de escribir una columna criticando a un político te lo vas a encontrar en la tele.

P. En tu dilema vital entre la influencia mediática y la vocación de escritor, quizá va ganando lo primero...

R. La verdad es que sí



El jefe de Opinión de EL MUNDO nos abre su casa, su terraza y su nevera. Y al final de la entrevista cree que se ha abierto demasiado. Eso, eso le preocupa. Continúa esta serie con una de las plumas de la prensa escrita más mediática del panorama nacional. Bustos, dice él, tiende al ‘torremarfilismo’. Pero quizá esté tratando de arreglarlo...

POR DAVID LEMA MADRID
FOTOGRAFÍA: ÁNGEL NAVARRETE

razón: probé ese mundo mejor que cualquiera de ellos, lo encarné con una perfección que no está ni siquiera a su alcance y me aburrí de él.

No lo malinterpreten. Bustos ha aligerado, sí, aquellos valores, pero los estima: «Lo que tengo en buena medida se lo debo a esa crianza cristiana».

P. ¿En qué colegio te...?

R. En Retamar, que es un colegio del Opus Dei. Ahí aprendí la diferencia de clase. Mis hermanos y yo no nacimos con ninguna privación, pero tampoco

crecí con el ejemplo de unos padres a los que era difícil encontrar un defecto.

P. Ese ideal de perfección ¿te afectó en negativo?

R. Me llevó a un cierto tormento interior. Yo tenía que ingresar en una especie de élite espiritual. ¿Qué es lo que pasa? Que eso tiene una contrapartida muy jodida: cuando tú eres muy exigente contigo mismo, te conviertes en un déspota y un dogmático para los demás también, los mides por ese rasero, no tienes paciencia para la mediocridad y no aprendes

[responde, también en verdad, melancólico]. Quizá sea consecuencia de que me apasiona la política: yo querría haber cubierto la Transición, la mística del poder me atraía, el periodismo creativo... pero la política también me agota mucho. Me empieza a pesar un poco, David, estoy dando un rodeo gigantesco para llegar a donde quiero llegar, que es a la novela.

Bustos apura la cerveza que se está bebiendo. Como apenas le doy respiro, le ha durado casi tres horas de

alguien se vengará de eso». Es «extremadamente» cerebral, y lo considera una virtud. Matiz a añadir: «Eso no significa que no sea afable, cariñoso, pero exhibir las emociones es de mala educación». Le gusta la soledad y asume que es un poco frío –quia–: «A veces me atormenta pensar que no cultivo lo suficiente las amistades».

P. ¿Eres muy egocéntrico?

R. Supongo que sí. Pero al mismo tiempo me sé reír de mí mismo. De hecho, la única forma de que la gente te perdone el egocentrismo

“

A LOS 15 AÑOS ERA UNA PERSONA MUY CONVENCIDA DE LO QUE ESTABA BIEN Y MAL”

conversación. Me enseña sus plantas. Con orgullo. Ahora le ha dado por la jardinería, el año pasado, por las constelaciones. «Mira», se arranca, y se nota que le acaba de venir a la cabeza una idea que le gusta: «Cuando eres niño, lo que te molan son los animales, lo dulce y los héroes. Ahora que he crecido lo que me gusta es lo salado, las plantas y las instituciones».

Y ese ha sido su «proceso de maduración». Se parte de la risa.

Evalúa que tiene «demasiado» autocontrol. ¿Por qué demasiado? «Porque a veces hay que dejarse ir, si no, traicionas a la vida. Y admito que soy obsesivo, maniático. Si me cae una mancha en la ropa ya me ha jodido el día, me frustra. Soy un maniático del orden. Y eso no es bueno. Me pasa también

es que encajes sus críticas y te des cuenta de que, por muy inteligente que te creas, puedes estar cegado.

P. Oye, Jorge, ¿no te interesa quien crees que no está a tu altura intelectual?

R. [Ríe, pero no le ha hecho gracia. ¿O sí?]. ¿Por qué dices eso? Si doy esa impresión, debe de ser terrible... ¿Sabes lo que pasa? La obsesión por la excelencia. En mi escala de valores, en la cúspide está la brillantez. Yo puedo perdonar a alguien que sea un cabrón si es brillante, y no estoy orgulloso de eso; poco a poco me voy dando cuenta de que son más importantes la bondad y el buen corazón que la brillantez. Tienes razón: puedo proyectar una imagen de arrogancia, de prisa, de no me molestes que no me interesas. ¿Sabes qué me hace falta? Salir más de la redacción,

“

LA DERECHA QUE PRESUME DE FETÉN ME CONSIDERA UN TRAIADOR. Y LO HACE CON RAZÓN

con los artículos».

Al buscar referentes, nombra al columnista Ignacio Ruiz Quintano como su primer maestro: «Domina todos los registros de la ironía. No hay nadie más depurado». Arcadi Espada, asegura, fue importante en su formación. Y en su época universitaria, recuerda que Federico Jiménez Losantos marcó muchos de sus prismas.

Dice que es un tipo feliz: «Lo he sido el 98% de mi vida y estoy acojonado porque en algún momento

rozarme más con la gente. Pero no me fui educando para eso, me fui educando a mí mismo para destacar en la torre de marfil. Mi carácter tiende al *torremarfilismo*, a encerrarme y a mirar desde arriba. Eso es un error.

Y, por qué no, acabemos con sorpresa:

– Al final, he aprendido que la clave es el amor; y la clave del amor no es la admiración intelectual, sino la admiración moral, ese es el pegamento de una relación. Y en ese aspecto soy un afortunado.

RIMERO, situado en la Plaza de la Concordia, al pie del Obelisco de Luxor. A su izquierda, los Campos Elíseos. A su derecha, los Tullerías y el Louvre. Detrás, el Sena y la Asamblea Nacional. Delante, dos edificios simétricos separados por la calle que lleva a la iglesia de la Madeleine. El de la izquierda es el Hotel Crillon. El de la derecha es el Hotel de la Marina, que pudo ser el primer museo abierto al público en el siglo XVIII y que al fin abrió sus puertas este sábado tras ser inaugurado por el presidente Macron.

De momento se podrán visitar los suntuosos apartamentos del XVIII y las salas del XIX donde está la balconada que da a la plaza de la Concordia. En otoño abrirá sus puertas la colección de Al Thani, que mostrará los tesoros artísticos del príncipe Hamad de Qatar. La restauración ha costado 132 millones de euros; 20 kilos los pagará el príncipe catari por 400 metros concedidos durante 20 años (según *Le Figaro*). Y algo más pagará la empresa de *coworking* Morning, que alquila 6.000 metros cuadrados. No se pierdan la librería del Centro de los Museos Nacionales, el restaurante y el café con terraza hacia la Concordia, un oasis en una plaza gigantesca e inhóspita.

El edificio tiene su historia. Antes que nada, fue un decorado de piedra, un conjunto de dos fachadas simétricas. Estamos en 1748 y la ciudad de París quiere honrar a su soberano, Luis XV el bienamado. La moda, importada de Italia, es la estatua ecuestre. Burdeos y Rennes ya tienen su bronce. Para París, plantar una estatua es excusa para urbanizar una plaza nueva. Pero al rey no le gusta ninguna de las 150 propuestas, así que decide que su arquitecto Ange Jacques Gabriel haga una síntesis de las mejores.

Deciden urbanizar la plaza, dejar abierto el lado del Sena. Y, sin saber qué construir en las dos parcelas del lado norte, levantan dos fachadas majestuosas sin contenido detrás: 12 columnas en la balconada central,



El presidente Macron, durante su visita inaugural al Hotel de la Marina. FRANCOIS MORI

EL MARAVILLOSO TRASTERO DE LUIS XVI EN PARÍS

El Hotel de la Marina fue taller real y sede de la Armada. Ahora abre al público en la Plaza de la Concordia con una prodigiosa rehabilitación que muestra la suntuosa vida de los últimos borbones franceses

POR IÑAKI GIL PARÍS

enmarcadas por dos frontones clásicos.

¿Qué edificar después? Se habla de un cuartel de mosqueteros, de la imprenta real, de la biblioteca nacional. Al final, se vende la parte que hoy ocupa el Crillon. Y se decide levantar detrás de la fachada el guardamuebles del rey.

El guardamuebles es un asunto importante en la administración real. Conserva y mantiene muebles, tapices, armaduras y joyas de la corona. Aquí trabajan ebanistas, pintores y otros artesanos, concentrados junto al Louvre, en lo que eran entonces las afueras de París. La idea ilustrada es abrir las puertas a los visitantes un día a la semana.

Al frente de su administración está un intendente con absoluta confianza del rey. La mudanza se hace en 1774, año en que muere Luis XV. 15 años después, cuando estalla la Revolución, su hijo es forzado a venir a París desde Versalles y, con él, los cuatro ministerios armados. El de la Marina, con 100 empleados, es realojado en el edificio del guardamuebles.

1792 es un año clave: la estatua de Luis XV es derribada; el intendente, asesinado en la cárcel; y el rey, guillotinado en la plaza, que sólo fue llamada de la Concordia al final del Terror. Durante cuatro noches consecutivas, los ladrones escalan la fachada, hacen un agujero en una contraventana (aún hoy conservada) y roban las joyas de la corona. Fue el mayor robo de la Historia de Francia, 24 millones de libras.

Después, la Marina se queda con el edificio y en sus salones celebra suntuosos bailes, entre ellos, el de la coronación de Napoleón emperador. A mediados del XIX ya hay mil funcionarios instalados en sus dependencias.

También hay páginas oscuras en su historia: durante la Ocupación (1940-44) se instala aquí la Kriegsmarine alemana. Aunque no son los alemanes los que disponen el búnker que hay bajo el patio principal; data de 1936 y aloja en los años 50 y hasta la mudanza de 2015 el mando de los submarinos franceses equipados con misiles nucleares. No es visitable.

El Hotel de la Marina ha estado a punto de ser privatizado como hotel de lujo. Ante la polémica suscitada, el presidente Nicolas Sarkozy encargó a su predecesor Valéry Giscard d'Estaing una comisión de ideas. Pudo ser dependencia del Louvre. Finalmente, es hoy otro centro cultural de París... financiado con el alquiler de medio edificio. Su restauración ha contado con facilidades históricas: los intendentes inventaron maravillosamente su aspecto. Y los militares lo decoraron por el método de superponer capas, fáciles de retirar.